

tin revisó, corrigió é ilustró sus escritos. De esta manera he procurado siempre en el árduo asunto de los tres capítulos adquirir mayores luces. Entienda, pues, toda la Iglesia universal que Nos por sendas justas é irreprehensibles hemos llegado á determinar lo que comprehende esta nuestra constitucion. Condenamos y anatematizamos á Teodoro de Mopsuestia y sus impíos escritos: lo que Teodoreto escribió contra la fé, contra San Cirilo y el concilio de Efe-so, y en defensa de Teodoro y de Nestorio: y la carta que se supone de Ibas á Maris Persa. Tenemos por hermanos y consacerdotes nuestros á los que condenan los tres capítulos, defendiendo la fé de los cuatro concilios. Y definitivamente revocamos y anulamos cuanto se ha hecho por Nos ó por otros en defensa de los tres capítulos.» Esta carta del papa Vigilio es de 28 de Diciembre del mismo año de 553: y sobre lo mismo hay otra posterior y mas difusa. En consecuencia de tan auténtica aprobacion de Vigilio, no quedó pretexto para poner en duda la decision del concilio; y los papas, sus sucesores, trataron de cismáticos á los que en adelante insistieron en defender los tres capítulos. Y de ahí nació en Occidente un cisma que duró cerca de cien años.

»Los latinos, por poca inteligencia de la lengua griega, no conocian bien los errores de Teodoro de Mopsuestia, y por la distancia de los lugares no veian el escándalo que sus escritos y los de Teodoreto causaban en el Oriente, y las ventajas que de ellos sacaban los nestorianos, especialmente en la alta Siria, donde estaban tan pujantes, que aun ahora despues de tantos siglos hay muchos. Por otra parte, conocian la intrepidez de los eutiquianos, y temian darles motivo de despreciar el concilio de Calcedonia. Sabian las violencias que habian padecido el Papa y los demás que rehusaban condenar los capítulos: el empeño que habia tomado la corte en este asunto: la constancia con que el papa jamás quiso asistir al concilio, y sus variaciones en el punto principal. Y todo esto les hacia mirar con menos respeto la posterior aprobacion del pontífice. El diácono Rústico, Facundo Hermaniense, y otros obispos de Africa y del Ilírico, persistieron en su pertinaz defensa de los capítulos. Fueron desterrados; y se disipó luego el cisma que comenzaba en estas provincias.

»Mas duró en Italia, especialmente en la Istria. El papa Pela-

gio I, sucesor de Vigilio, solicitaba que el patricio Narses, gobernador de Italia, reprimiese á los cismáticos. Era Narses muy piadoso; y Pelagio, para animarle, le decia: «No os dejéis engañar de los que dicen que la Iglesia excita una persecucion cuando reprime los delitos, y procura la salud de las almas. No persigue sino quien obliga á hacer mal: de otra suerte, será menester abolir las leyes divinas y humanas que mandan castigar á los delincuentes.» Observa cuan gran mal es el cisma: repréndele con buen modo de que no contenga á los obispos de la Liguria, Venecia é Istria, que ellos mismos se separan de las sillas apostólicas. Y añade: «No temais pues: hay mil ejemplares y mil leyes que muestran que la potestad pública debe castigar á los cismáticos con destierro, con confiscacion de bienes, y con dura cárcel.» Los cismáticos excomulgaron á Narses; y el papa le da la enhorabuena, excitándole al mismo tiempo á castigar ese atentado. Hay varias cartas del papa sobre lo mismo: y como supiese que muchos solo obraban por ignorancia, y por recelo de que los que admitian el quinto concilio despreciaban el de Calcedonia, y favorecian á los eutiquianos, dirigió Su Santidad una confesion de fe á los obispos de la Toscana, en que igualaba el concilio de Calcedonia, á los otros tres. Otra semejante, á todo el pueblo de Dios, en que añade que recibe las cartas de los papas sus predecesores, y todos los cánones admitidos por la Santa Sede. Y otra mas amplia al Rey de Francia, á quien se queja de las calumnias que algunos nestorianos hacian contra él y contra los Padres del quinto concilio.

»Con igual celo procuró Pelagio la reunion de los cismáticos de la Istria. Luego que cesaron las hostilidades con los lombardos, les escribió haciéndoles una clara confesion de su fé, para quitarles todo pretexto de separacion. En otra parte les explica las señales de la verdadera Iglesia, y añade que si no están todavía convencidos, envien algunos á Roma ó á Rávena, y les hará dar en todo una satisfaccion completa. No hicieron caso los cismáticos; y el Papa, impelido de la caridad, les escribió tercera carta muy larga. Desvanece todos sus reparos. Observa que la primera resistencia de Vigilio prueba que despues solo cedió por estar mejor informado, pues no le faltaba valor: que la condenacion que hizo de los capítulos, no fué determinacion precipitada, sino fruto

de la mayor reflexion, y del conocimiento que con el tiempo adquirió de varios errores de Teodoro, de algunos escritos de Teodoro, y de la carta llamada de Ibas, del abuso que los nestorianos hacian de esos capítulos, y de la pureza de la fé de los que instaban por su condenacion, en especial del concilio Constantinopolitano. Tráeles á la memoria que San Cipriano, aunque erró en punto del bautismo, es alabado de San Agustin porque no se apartó de la comunión de la Iglesia; y concluye así: «Dije antes, y con gusto repetiré mil veces, que por la gracia de Dios conservo en todo la fé pura del concilio de Calcedonia, tengo por irrevocables sus decisiones, como las de los concilios Niceno, Constantinopolitano y Efesino primero, y en su defensa sufriré la muerte. No os apartéis pues de la comunión de vuestros fieles hermanos católicos: porque esta amonestacion mía si la despreciáis, será un testimonio contra vosotros. Pero yo, despues de haberos hablado, recurro al Señor, y con lágrimas en cuanto puedo le suplico que con las interiores inspiraciones de su gracia obre en vuestros ánimos cuanto yo os digo para animaros á la concordia.»

»El Papa, viendo que ninguna razon podia vencerlos, creyó preciso valerse de Esmaragdo, exarca de Rávena, para reducirlos, ó contenerlos con la fuerza. Severo, patriarca de los cismáticos, fué llevado á Rávena: allí condenó los tres capítulos; pero vuelto á su iglesia se reunió con los cismáticos, quienes lograron del Emperador Mauricio una orden para que el exarca no los molestase. Despues San Gregorio, para acabar el cisma, habia procurado juntar en Roma un concilio numeroso con Severo y demás obispos cismáticos. Mas estos, ponderando la afición de aquellos pueblos al cisma, y las dificultades de la guerra de los lombardos, movieron al Emperador á escribir á San Gregorio que dejase en paz á estos obispos hasta que la Italia estuviese tranquila. Con todo, se reunieron con la Iglesia varios obispos, y pueblos, sobre lo cual existen muchas cartas del Santo. Merece particular memoria la que escribió á Constancio, obispo de Milan, en respuesta á la queja de los cismáticos de Como. Decian que la Iglesia de Roma les habia usurpado una posesion.

»Si es suya, respondió el Papa, entrégasela luego, aunque no se conviertan. Si se convierten, entrégasela tambien, aunque no sea

suya. No quiero que les quede excusa para dejar de convertirse.» Despues de la invasion de los lombardos, los obispos de Aquileya se habian retirado á Grado, pequeña isla del mar de Istria. Muerto Severo fué elegido patriarca en Aquileya el abad Juan, con permiso del Rey de los lombardos, y en Grado eligieron los romanos á Candidiano. Desde entonces hubo dos patriarcas de Aquileya. Candidiano era católico: su sucesor fué cismático: despues en tiempo de Honorio I, se acabó felizmente el cisma de los istrienses de Grado. El de los de Aquileya duró hasta el pontificado de Sergio I.»

El deseo de demostrar con hechos la autoridad concedida á las decisiones de San Gelasio I, ha sido causa de que se adelantase la narracion de sucesos que, de otro modo, hubieran tenido mas natural lugar al darse cuenta del pontificado de Vigilio. Lógico es, pues, que logrado aquel fin, se siga el interrumpido orden cronológico, si bien solo para acabar la reseña de los actos notables efectuados por San Gelasio, ya que antes de hacer la de los que llevaron á cabo sus sucesores, hasta aquel bajo cuyo papado se verificó el concilio que mas arriba se ha citado, así como la de los que siguieron á Vigilio en la silla de San Pedro, á fin de evitar nuevas interrupciones, nos ocuparemos de referir hechos de la historia profana, de gran trascendencia para el fin que se trata de demostrar. Así, luego, podremos ocuparnos seguidamente en narrar los gloriosos actos de los vicarios de Jesucristo, actos que resultarán, por la fuerza del contraste, tan meritorios, tan nobles, tan dignos de loa como lo son efectivamente.

Gloria y grande es de San Gelasio I haber conseguido desterrar de Roma la supersticiosa é indigna institucion de las fiestas lupercales, así como el haber compuesto un libro refutando los argumentos del senador Andromaco que se habia opuesto á la supresion de aquellas. Tambien combatió el santo pontífice la heregia de los pelagianos, oponiéndose con indomable constancia á sus progresos en la Dalmacia y en el Piceno y escribiendo asimismo un tratado en refutacion de ella; ordenó, además, á Eufemio obispo de Constantinopla, que borrarase el nombre de Acacio de los sagrados dísticos; se esforzó en descubrir y refrenar en Roma á los maniqueos; publicó un código ó sacramentario con Misas dispues-

tas ordenadamente y en cuyas oraciones introdujo varias de las que muchos escritores le consideran autor; dictó un decreto extendiendo á las cuatro temporadas del año la administracion de las sagradas órdenes y, en dos ordenaciones, creó sesenta y siete obispos, treinta y dos presbíteros y doce diáconos. Siempre será digna de elogio la memoria de este santo papa por los esfuerzos que hizo para llevar á buen camino al malévolo emperador Anastasio y para mantener incólume la autoridad de los sucesores de San Pedro, ya por medio de cartas á los obispos orientales y del Africa, ya celebrando en Roma, en 494, un concilio, ya, en fin, negándose á autorizar el cánón del concilio de Calcedonia relativo á los privilegios del patriarca de Constantinopla.

En grave error están los que, de algunas frases de San Gelasio sobre la distincion de los poderes eclesiástico y civil, pretenden deducir que dicho pontífice condenó indirectamente el poder temporal de los papas, pues es lo cierto que el santo solo habló de las atribuciones especiales de cada potestad, mas no por eso quiso ni pudo decir, como observa Darras, que el papa, soberano espiritual, estuviese, por serlo, incapacitado para tener, como soberano temporal, un dominio que asegurase su independencia y fuera útil al reposo y á la paz del mundo, al mejor gobierno de toda la cristiandad. Y aun es otra gloria del pontífice de quien se trata, gloria tan alta como la de su firmeza en defender la fé y mantener la disciplina, el recuerdo de su inagotable caridad: las armas de los ostrogodos y la ferocidad de los visigodos y borgoñones ocasionaban males sin cuento á Italia, y solo el papa dió lenitivo, cuanto en lo humano era posible, á tanta desventura, como lo demuestran sus cartas á los obispos de la Dardania, á Ereleuva, madre de Teodorico, á Fermina, noble y poderosa señora, á los obispos de Arelate y Lion, á quienes da las gracias por haberle ayudado á socorrer numerosas miserias, y finalmente á los obispos Honorio Anastasio, Pedro, Fortunato y otros, á los que recomendaba eficazmente que socorriesen á los pobres, á las viudas y á los huérfanos. El santo pontífice pasó á mejor vida el año 496 y su cuerpo fué sepultado en el Vaticano.

VIII.

Al Sur de la Siria y al oriente del Egipto, se halla situada una vasta península que los antiguos geógrafos dividieron en Arabia Desierta, Arabia Petrea y Arabia Feliz. La naturaleza carece de vida en los desiertos de la Arabia, el cielo es de bronce y nada mitiga el ardor de los rayos del sol. Desde la cumbre de las colinas despojadas por los vientos de toda vegetacion, se descubren extensas llanuras, en las cuales en vano busca el fatigado viagero una sombra que le proteja ó un objeto en que reposar su cansada vista. Un inmenso espacio le separa de todo ser viviente. De trecho en trecho, al pié de algunos grupos de aisladas palmeras, se ve serpentear un arroyuelo que va á perderse en las arenas. Estos pocos sitios de descanso son conocidos únicamente del árabe y solo él los habita, porque acostumbrado á una vida frugal en ellos encuentra con que satisfacer sus necesidades. Allí conduce los esclavos y los tesoros de que despoja á las caravanas; allí es donde se halla al abrigo del terrible simun, el ángel de la muerte, cuyas exhalaciones sulfurosas sofocan á hombres y animales. Al norte de la Arabia el aspecto del país varia de repente. Inmensos trozos de granito amontonados en desorden muestran los estragos de volcanes apagados, y en medio de esos gigantescos despojos se eleva la cordillera del Sinaí, cuyos fértiles valles alimentan numerosos rebaños. La playa del mar Rojo conduce al Yemen ó Arabia Feliz, rico territorio donde se dan en abundancia el incienso, el bálsamo, la canela y el café. El suelo está cultivado hasta la cima de las montañas, y un activo comercio atrae á los extranjeros de todas partes.

Al principio de la edad media habitaban la Arabia dos poblaciones distintas en usos y en origen: los sabeos, de costumbres sedentarias que vivian en las ciudades y se dedicaban al cambio de los preciosos productos de su comarca por el oro de los otros pueblos; y los ismaelitas, errantes como los hijos de Abraham sus ascendientes, que se ocupaban en disputar á los demás hombres su parte de herencia de que siempre han estado escludidos. A la par que los beduinos de nuestros dias, los ismaelitas, hijos del desierto,